

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXV Noviembre-Diciembre de 1948 Núms. 281-282

Puntos de vista

T. S. Eliot, Premio Nobel de Literatura

DELGADO, apacible, T. S. Eliot eleva su extraordinaria figura al recibir, en feliz justicia crítica, la alta distinción que envuelve el Premio Nobel de Literatura. Sin duda, la personalidad universal de Eliot, aislada de lo cotidiano, expuesta en un molde de órbita incalculable por sus características finas y resonantes, que, a la vez, hacen pensar en una elaboración a base de culturas yuxtapuestas, señala el caso de un intelectual llamado a servir, por medio de su obra, como documento responsable de su tiempo. Ni Kipling, Galsworthy, y Shaw, predecesores ingleses del autor de «Los Hombres Huecos» en la obtención del Premio Nobel, obligan a una meditación más severa que la que nos ofrece el mundo creado por Thomas Sterne Eliot en la muestra de una civilización en decadencia, exhausta, sin fuerza, de rígidos pensamientos.

El poeta, el crítico, el humanista, el dramaturgo que hay en Eliot, inglés por adopción (nació en St. Louis, Missouri, Estados Unidos), encuentra un cauce único y especial en la interpretación del mundo convulsionado de tras guerra (1918), tocando, en esta forma, el pesimismo, cultivándolo, y creando el símbolo de un patetismo abismal, similar, en su concepción, a los efectos irresistibles de los grandes metafísicos y místicos geniales que destruyen lo establecido a base de los conflictos psíquicos que se apoderan de su mundo fascinante.

Sin embargo, es útil situar a Eliot dentro de su tiempo, del

cual no se evade y al que, por el contrario, juzga impregnado de grandes imágenes bíblicas, y con la certidumbre, proceso que sigue a la sentencia, de perder poco a poco lo que ama, viendo la destrucción que abrumba y ante la cual ningún recurso de apelación o revisión es posible.

He ahí el mundo, en profunda crisis, en que Eliot sustenta sus trabajos humanos, su agonía constante, su lasitud desolada, escéptica.

En Inglaterra, la generación anterior a la primera conflagración mundial, planteaba el problema de la cultura con relación al tiempo y creía ser útil a la naturaleza humana por medio de un OPTIMISMO CULTURAL, resuelto por un cauce sintético, individualista.

De ello son ejemplo *Well*, *Galsworthy*, *Bennett* y *Shaw*, a los que *Joyce*, *Virginia Woolf*, *D. H. Lawrence*, *Eliot* y *Lytton Strachey*, afrontan con incredulidad, sin interés, como destructores de ese optimismo, condenando la sentimentalidad y buscando el conflicto, el choque, para llegar al símbolo y al mito.

Nacido en 1888 y radicado en Inglaterra desde 1914, después de su paso por las Universidades de Harward, Sorbonne y Oxford, *Eliot* vive intensamente la hora crítica de Europa y es actor en el drama del derrumbe de todos los principios recibidos, de lo consagrado, de las agonías sin término, de los paroxismos caóticos, de las fiebres internas, de las catástrofes desmesuradas, de la ambición cínica, creciendo sin tregua en la vastedad del dominio humano. Este espectáculo de circunstancias extraordinarias define la posición de *Eliot* frente al mundo en su primera etapa literaria y determina, en medio de su ritmo moderno, enlazado a la gran tradición poética universal, el escepticismo y el pesimismo que fluye en su lirismo audaz. El poeta aparece así como desposeído de fe, destruyendo las viejas concepciones aunque no crea otras nuevas ni deja insinuar otro mundo que el destruido.

En sus magistrales obras poéticas, LA TIERRA BALDÍA y en

seguida, LOS HOMBRES HUECOS, que ahonda y completa la concepción del mundo de la primera, Eliot, mediante un idioma de técnica ágil, fresca y novísima, plena de imágenes audaces y un despliegue de erudicción extraído de las más viejas culturas, clava en lo absurdo y llega al mito mismo, desembocando en la angustia. Hay aquí trasunto de disímiles concepciones estéticas sirviendo su unidad total, metafísica, que fluyen desde el Eclesiastés, de San Agustín, los poetas metafísicos del siglo XVII, Dante, Shakespeare, el pesimismo final de Alfredo de Vigny, Herman Hesse, y los maestros del simbolismo francés, especialmente Jules Laforgue, quien le trasmite su sentido de lo trágico, de íntimo vacío, expuesto en un idioma a base de palabras simples y frases vulgares dignificadas por un gran pensamiento.

La protesta de Eliot se podría resumir como la protesta del hombre moral, aun cuando se haya señalado LA TIERRA BALDÍA como una cosecha de impudicias, elaboradas por un espíritu refinado.

Así, en su obra más reciente, Eliot huye hacia planos espirituales y estalla en una crisis íntima y, al aceptar la realidad del mundo como un mal, busca asilo a su desesperación en el dogma, como la única fuerza paralizadora del sopor moral. Demostrativas de este estado, impregnado de tradiciones religiosas, son varias obras poéticas, entre las cuales sobresalen MIÉRCOLES DE CENIZA y CRIMEN EN LA CATEDRAL, dramatización cuya trama se desenvuelve en en el siglo XII y que fué escrita, para los festivales de Canterbury, en 1935.

Sin embargo, Eliot no alcanza aquí un ahondamiento trágico, si a lo trágico le aplicamos la rigurosidad de Kierkegaard, por ejemplo.

En su obra crítica, Eliot, desenvuelve, en interpretaciones y estudios llenos de profundidad analítica, la vastedad de su refinada concepción estética. Sus ensayos, donde enjuicia el mundo y el tecnicismo poético del Dante, de Shakespeare, Swinburne, Blake, Dryden y especialmente, Baudelaire, agregan, a lo ya conocido,

nuevos aportes de ilimitada trascendencia, creados por una aguda y penetrante personalidad.

La técnica, expuesta por Eliot a través de su densa obra poética, es lúcida, feliz, aunque retorcida, terriblemente alusiva y, sobre todo, difícil. Es una de las mayores aportaciones a lo difícil en la técnica poética. El mismo Eliot define este método en sus EN-SAYOS SELECTOS cuando expresa que «no es una necesidad constante que los poetas se hallen interesados en la filosofía, o en cualquier otro tema. Sólo cabe decir que, al parecer, los poetas de nuestra civilización, tal como es en la actualidad, deben ser DIFÍCILES. Nuestra civilización comprende gran variedad y complejidad, y esta variedad y complejidad, actuando sobre una sensibilidad refinada, debe producir efectos diversos y complejos. El poeta ha de volverse más y más amplio, más alusivo, más indirecto, para obligar, dislocar si fuese necesario, el idioma hacia su significado».

Estos conceptos, aplicados en integridad en su obra poética, hacen de Eliot un poeta oscuro, de tensión interna indirecta, decididamente hermético y, por lo mismo, es poco probable que salga desde los círculos intelectuales hacia las grandes masas. Su visión metafísica de la poesía que le hace ser, intrínsecamente un poeta metafísico, le hará seguir, seguramente, el camino de Novalis, de Blake o de Rimbaud, en su dificultad para llegar al gran público.

Por su autenticidad creadora, de grandes y terribles efectos, portavoz de la fatalidad y lo arcano de su época, Eliot, se abandona hacia la creación pura, inviolada, y aun dentro de su última obra, CUATRO CUARTETOS, mantiene la estructura eliotiana conocida, alzando, frente a sus concepciones dogmáticas, una ansiedad total por el tiempo y el espacio.